

Academia Nacional de Educación

Designación como Presidente de Honor

Dr. Alberto C. Taquini (h.)

Discurso 4 de mayo de 2026

Señor Presidente, señores académicos, señoras, señores, queridos amigos, miembros de mi familia:

Recibo esta distinción con gratitud, pero también con responsabilidad y compromiso.

Caminando mis 91 años, entiendo que los reconocimientos valen menos por lo que celebran del pasado y más por lo que comprometen hacia adelante. Así asumo esta distinción.

Quienes me conocen saben que no soy amigo de quedarme mirando el pasado y tengo dificultad para resignarme a lo que creo que no funciona.

También saben que soy insistidor serial, y esta es una magnífica oportunidad para ejercitarlo.

Por eso agradezco a mi familia y a quienes me acompañaron durante tantos años y soportaron con paciencia mis ideas.

Agradezco también a colegas, instituciones y amigos con quienes comparto cotidianamente visiones, discusiones y proyectos en la universidad, en la ciencia, en esta Academia y en el Belgrano Day School.

Nada importante se piensa solo, por eso es la forma en que camino.

Mi casa paterna fue la de una familia ligada a la cultura argentina, a la ciencia, a la universidad y a la permanente búsqueda de perfeccionamiento humano a la luz de la verdad.

A ellos les debo buena parte de lo que soy. Y a mi padre, le debo mi formación académica: fue mi primer maestro y, sin duda, el mejor. Fue un modelo admirable de universitario, de científico y buen argentino.

Mi vida académica está fuertemente condicionada por la impronta del hombre que prestigia el sitio que hoy ocupó: el doctor Bernardo A. Houssay.

Dice una anécdota familiar que cuando tenía tres años, él me enseñó la hora en su reloj de bolsillo. Cuando me casé con María Martha, que hoy está por acá, fue uno de mis testigos. También me entregó mi primer diploma de profesor de la Universidad de Buenos Aires.

Quiero recordar aquí al cardenal Estanislao Esteban Karlic, muy cercano a la cotidianidad de mi casa y, para mí, una persona ejemplar sin restricciones.

Permítanme ahora ir a la cuestión que hoy nos interpela.

Hay dos palabras que suelen usarse como si fueran sinónimos, y no lo son: educación y sistema educativo.

La educación es mucho más amplia que cualquier estructura formal. Empieza en la familia, continúa en la sociedad y dura toda la vida.

El sistema educativo, en cambio, es apenas una construcción histórica de una parte de esa tarea. Es una herramienta. Y, como toda herramienta, puede quedar vieja.

Asimilar educación con sistema educativo confunde el análisis de cómo debemos aprender.

Y cuando una sociedad hace eso, limita sus propias posibilidades.

Porque muchísimo aprendizaje ocurre también por fuera.

A veces antes.

A veces mejor.

Y entender esta diferencia es clave para lo que quiero plantear hoy.

Durante muchos años pensé la educación desde el fortalecimiento de las instituciones. Y sigo creyendo en ellas. Las instituciones importan, ordenan, sostienen y dan continuidad.

Pero el cambio tecnológico y cultural me obligó a desplazar el centro de la pregunta. Ya no alcanza con mirar solamente las estructuras. Hay que mirar al aprendiz, sus trayectorias reales y los modos concretos en que hoy cada uno construye conocimiento.

Ese fue, para mí, un giro decisivo: pasar de una educación pensada principalmente desde las instituciones a una educación pensada desde la persona que aprende.

Estamos en un clima de época que no conviene subestimar.

Existe una sensación extendida de que muchas estructuras heredadas ya no alcanzan para responder a la velocidad, la complejidad y las demandas del presente.

En pocas décadas ocurrió una transformación extraordinaria en la vida cotidiana.

Hoy una persona lleva en su bolsillo más acceso al conocimiento que el que ofrecían todas las bibliotecas no hace tanto tiempo.

La nube reúne cantidad de información difícil de dimensionar, que se actualizan en milisegundos. Integra y sistematiza datos, textos, imágenes y saber acumulado por millones de personas e instituciones de todo el mundo.

La inteligencia artificial, con sus diferentes abordajes, ya asiste activamente en búsquedas, decisiones, escritura, traducciones y aprendizaje cotidiano.

Y la virtualidad dejó de ser una excepción para convertirse en una forma cotidiana de estudiar, trabajar, vincularnos y aprender.

Se aprende en cualquier momento.

Desde cualquier lugar.

Con personas de cualquier parte del mundo.

Y, sin embargo, cada mañana millones de niños y jóvenes entran a instituciones diseñadas para otra época.

Esa escena resume el problema que estoy instalando.

Un alumno del siglo XXI entrando a formatos concebidos para necesidades del siglo pasado.

No hace falta mirar estadísticas. Basta mirar a las personas.

Docentes están agotados por la burocracia creciente, la presión cotidiana y estructuras rígidas que dificultan su tarea.

Y además viven una tensión nueva: ser evaluados de manera permanente por alumnos que comparan lo que enseñan con lo disponible en la nube de forma inmediata.

Muchas familias sienten que la escuela perdió conexión con la vida real de sus hijos.

Muchos chicos llegan con curiosidad y se encuentran con propuestas que no logran interpelarlos.

Y muchas familias sienten que la escuela perdió conexión con la vida real de sus hijos.

No hablo de culpas.

Hablo de estructuras.

Porque cuando un sistema bueno en su origen deja de responder a su tiempo, empieza a crujir.

Y a eso lo llamamos Game Over.

Game Over no significa catástrofe.

Significa que una etapa llegó a su límite.

Y los países que no reconocen cuándo un modelo se agotó suelen pagar caro esa negación.

Pero hay una buena noticia.

Mientras algo termina, algo nuevo empieza.

Y eso es más interesante.

Hoy, a ese proceso lo llamamos Overtake.

Y esta es la idea fuerza: el aprendizaje de los niños comienza a adelantarse al sistema que lo intenta contener.

Esta dinámica no reemplaza de golpe.

No destruye.

No pide permiso.

Simplemente emerge.

Esto ya está en plataformas globales, en nuevas certificaciones, en las oportunidades de formación continua, en comunidades transnacionales de aprendizaje, en educación híbrida y en la potencia de la inteligencia artificial.

Lo vemos en jóvenes que aprenden por su cuenta cosas que nadie les enseña formalmente.

Lo vemos en adultos que vuelven a estudiar varias veces durante su larga y cambiante vida.

Lo vemos en empresas que ya valoran habilidades reales tanto como títulos tradicionales.

También la universidad está cambiando.

Mi generación conoció la universidad del conocimiento y las ciencias.

Luego vimos crecer la universidad profesionalista.

Y ahora aparece una tercera etapa:

La universidad del aprendizaje permanente.

Más flexible.

Más modular.

Más internacional.

Más conectada con la vida cotidiana.

Más vinculada con la actualización constante.

Por eso una persona que vivirá cien años no puede formarse una sola vez.

Necesitará aprender muchas veces.

Los niños y jóvenes que están en la escuela hoy, estarán aprendiendo y reaprendiendo cosas en el siglo XXII.

Entonces la pregunta es simple:

¿Quién es esa persona que aprende, trabaja y vive en el mundo que ya llegó?

Yo imagino un artesano de su aprendizaje.

Capaz de aprender por sí mismo.

Con criterio.

Con valores.

Con capacidad tecnológica.

Con arraigo local y mirada global.

Una persona, miembro de una tribu, ciudadana del mundo.

Por eso no alcanza con administrar inercias.

Se necesita habilitar formalmente una segunda vía educativa: distinta en su lógica, equivalente en valor.

Una vía capaz de reconocer los aprendizajes no formales, certificar resultados reales, valorar trayectorias flexibles y acompañar la formación a lo largo de toda la vida.

Porque una sociedad que no reconoce ciertos aprendizajes termina desperdiciando parte de su propio capital humano.

Donde no hay reconocimiento, no hay valor social; y donde no hay valor social, el aprendizaje queda fuera del horizonte público, aunque efectivamente haya ocurrido.

No se trata de eliminar lo existente.

Se trata de habilitar las alternativas emergentes para que crezcan con legitimidad.

Y aquí entra nuestra Academia.

Las instituciones no existen para conservar tradiciones obsoletas.

Existen para pensar el tiempo que les toca vivir.

Aquí debemos discutir sobre inteligencia artificial, salud, inclusión, nuevas credenciales, virtualidad, ciudadanía global, cambios demográficos y el futuro de la vida y del trabajo. También el dilema del transhumanismo.

No como temas periféricos.

Como centro del debate.

Porque si quienes pensamos la educación no abrimos camino, otros lo harán por nosotros.

A mi edad uno aprende que el tiempo es un recurso escaso.

También lo es el tiempo de los países.

Argentina no puede darse el lujo de llegar tarde a este proceso.

No por falta de inteligencia.

Sino por exceso de prudencia.

El tiempo del aprendizaje ya no coincide plenamente con el tiempo de muchas de nuestras estructuras.

Frente a eso, nuestra responsabilidad no es resistir el cambio, sino darle forma, sentido y legitimidad.

Eso es el Overtake: no una amenaza, sino una oportunidad histórica para ampliar las formas en las que los niños y los jóvenes aprenden.

Señores académicos:

Gracias por esta distinción que recibo con alegría.

Y también a todos, gracias por acompañarme hoy.